



## CAPÍTULO V

### LA CONVERSIÓN. EL FUTURISMO

#### I. LA EQUIPARACIÓN CON EL OFENSOR

En el capítulo anterior hemos reseñado brevemente la concepción política y religiosa de la clase media; es una forma de comprensión de su situación que depende de una actitud peculiar del hombre ante el mundo en que se encuentra. Estudiaremos ahora las actitudes con que los letrados se enfrentan a su mundo histórico. En este plano del análisis esperamos encontrar los supuestos que expliquen el proceso de las ideas políticas y religiosas al través de las dos etapas que pudimos señalar.

En el siglo XVIII numerosos escritores, alemanes como Paw, franceses como Buffon, ingleses como Robertson, españoles incluso, crearon una "leyenda negra" sobre América, que llegó a convertirse en lugar común en los medios más cultivados del Viejo Mundo, y se prolongó en el siglo XIX, al través del idealismo alemán, hasta Hegel. La indignación con que respondieron los americanos era índice de que el juicio adverso afectaba una dimensión honda de su ser. Sintieron quizás que su mundo quedaba reducido a lo que revelaba la instancia ajena, y su lugar histórico limitado al que el europeo le obligaba a ocupar. Los escritores novohispanos del XVIII reaccionaron violentamente contra la leyenda: con ello se liberaban del juicio histórico ajeno para empezar a crear una historiografía desde el punto de vista americano. Los rasgos generales del movimiento de liberación que llevaban al cabo en el terreno del pensamiento, se reproducen, con la Independencia, en la palestra de la acción. Claro está que las circunstancias *materiales* son muy distintas; existe, sin embargo, una semejanza *formal* notable entre las dos respuestas al juicio infamante del otro. Clavijero y sus com-

pañeros precursan la Independencia, porque esbozan en la *posibilidad* un movimiento histórico que llevarán al cabo en la *realidad* los insurgentes.<sup>1</sup>

La "leyenda negra" no se restringe al gabinete de los sabios, repercute en la calle; es tema de conversación diaria y amenaza con poner en incandescencia, en cada momento, el ánimo de los criollos. No necesitan leer libros eruditos para sentir en carne viva la ofensa; en los denuestos, en el desprecio y superioridad de que hace gala el "gachupín", ven una manifestación próxima y cotidiana de la condenación de América. Es muy significativo un dato consignado, como al desgairé, en la causa contra Allende: pocos días antes de la rebelión, el oficial criollo disputaba airadamente con un europeo que sostenía la inferioridad de los americanos a causa del clima, tesis que constituye, como sabemos, el eje de las obras de Paw y Reynal. Existía pues una corriente de opinión que provenía de aquella fuente y hería la susceptibilidad del criollo en su propio suelo. Cuando detrás del golpe de Yermo los criollos descubren la acción arbitraria de un grupo social definido, los agravios encuentran el responsable concreto a quien deben atribuirse. Así como las trabas que oponía un régimen impersonal adquieren entonces el sentido de agravios de un ofensor concreto, así también la *instancia* de juicio deja de ser una "opinión", una "tesis" vagamente impersonal, para personalizarse en *estos* europeos. Si la mera presencia del otro es un desafío, su lenguaje corrobora la actitud retadora. Todo él provoca: no sólo sus acciones, también el denuesto de su palabra. Cuando López de Cancelada, portavoz del partido de Yermo, escribe un folleto infamante contra Iturrigaray y el partido criollo, el Ayuntamiento de México se indigna y protesta ante la Regencia para que "se asegure" la persona del periodista.<sup>2</sup> El escrito provoca una enconada polémica entre europeos y criollos

<sup>1</sup> Véase nuestro estudio sobre Clavijero en: *Los grandes momentos del indigenismo en México*, caps. iv y v. El Colegio de México, 1950.

<sup>2</sup> Representación del 15, VII, 1811; en Herm. y Dav., *op. cit.*, t. I, doc. 278.

que pone al rojo vivo la situación. Los diputados americanos a Cortes justipreciaron la importancia de estos denuestos; localizaron la ocasión de la rebelión de Santa Fe de Bogotá en la actitud de un tendero europeo "que insultó con palabras injuriosas a los americanos, de lo que ofendidos éstos se amotinaron contra él". A la opresión y al mal gobierno se agregaron, en todas partes de América, los insultos de palabra o de obra "ya de los jefes como en Quito, Socorro y Chile, ya de los particulares como en Santa Fe, y ya de unos y otros y del gobierno mismo como en México... Es digno de notarse que estos tratamientos comenzaron por parte de los europeos contra los americanos. En ningún punto empezó la conmoción porque algún americano insultase a los europeos, sino más bien al contrario." Es, en efecto, el europeo quien lanza el desafío. Más adelante, los diputados señalan al responsable: "Sólo añadiremos que en México fueron premiados por el gobierno supremo los autores de *la facción que insultó* a los naturales del reino, [lo que fue] origen de la insurrección."<sup>3</sup> El insulto es la manifestación más patente del reto. No incita a la rebelión por sí mismo, sino por ser el signo de todos los agravios sociales, económicos, espirituales, personificados en el ofensor.

Después de la noche de Dolores, la corriente de ultrajes prosiguió con creciente fuerza. Destaquemos únicamente el sonado *Informe* del Real Tribunal del Consulado de México,<sup>4</sup> que repetía las fábulas de Paw y su escuela, pintaba la civilización precortesiana como una mezcla de bajeza y barbarie, al indio como un ente estúpido, borracho, corrompido y degenerado, a los dos millones de castas de la misma condición y negligencia del indio, y a los criollos como libertinos, viciosos e indolentes. "El paralelo entre el español y el indio —termina diciendo— ¿no sería una comparación de una manada de monos gibones con una asociación o república de hombres urbanos?" Este nuevo ejemplar de la leyen-

<sup>3</sup> Representación de los diputados americanos a las Cortes, de 1, VIII, 1811.

<sup>4</sup> Dirigido a las Cortes en 27, V, 1811; en Hern. y Dav., *op. cit.*, doc. 224.

da americana, cuyos autores eran vecinos de los criollos, produjo una violenta reacción. En Cádiz, los diputados americanos, después del obligado escándalo, lograron que se ordenara la clausura del puerto para que no se divulgara en América la noticia; a pesar de lo cual, se conoció en México y contribuyó poderosamente a impulsar la revolución. Por esos días corría una cuarteta burlesca que rezaba: "Francisco, Lorenzo y Diego / Sin salir del Consulado / Hicieron mas insurgentes / Que Allende y el Cura Hidalgo."<sup>5</sup>

También hubo quien ligara la actuación de las propias Cortes de Cádiz a la leyenda deturpadora. Teresa de Mier atribuye la promulgación de los artículos constitucionales que discriminaban a las castas americanas a la influencia de "los dislates que dictaron los españoles a Paw". Los españoles no son sólo los herederos del autor germano, sino incluso quienes inspiraron sus juicios.

En la pésima literatura destinada a denigrar a los insurgentes, el lenguaje tocaba niveles rastreros. Sirva de ejemplo el *Anti-Hidalgo* de Ramón Casasús, que comenzaba: "Hidalgo, ex-Cura de Dolores, ex-sacerdote de Cristo, ex-cristiano, ex-americano, ex-hombre, y generalísimo capataz de salteadores y asesinos...", y que pretendía inspirarse nada menos que en el profeta Ezequiel en esta preciosa tirada: "Profano, hediondo, digno de muerte... tuerta, tuerta y del revés te pondrá esa corona del sacerdocio que ultrajas e infamas y la del reino que quieres arrebatar..."<sup>6</sup> No se crea que la corriente de afrentas se reducía a los panfletos, aun los escritores más afamados participaban en ella, como el canónigo Beristáin, Fermín de Reygadas, que repetía los lugares comunes sobre la imbecilidad y crueldad de los indios,<sup>7</sup> y los mismos prelados, como el obispo de Guadaluajara, reputado por su "santidad", que lo menos que llamaba a los insurgentes era "infames", "reducidos a una gavilla de perversos e ignorantes", "inucos", "hipócritas",

<sup>5</sup> Cit. por Alamán, *op. cit.*, t. III, p. 84. Los nombres propios se refieren a los autores del sonado "Informe".

<sup>6</sup> En Hern. y Dav., *op. cit.*, t. II, doc. 256.

<sup>7</sup> Ver el *Aristarco* y el *Nuevo Aristarco*.

etcétera; hasta el manso arzobispo Lizana aprovechó la oportunidad que le brindaba una oración fúnebre para baldonar a los sublevados. Esta polvareda de injurias provocó muchas adhesiones al partido revolucionario; la susceptibilidad criolla parecía estar al acecho de cada palabra y saltar a la menor insinuación.<sup>8</sup> Cos, en *El Ilustrador Americano*, sintetizaba el resentimiento que guardaban hacia los "gachupines" que no quisieron escucharlos y, en cambio, agotaron "los epítetos más denigrativos y las más atroces calumnias para difamar a la faz del orbe a la nación más fiel a Dios y a su Rey".<sup>9</sup>

La "leyenda negra" no hacía sino expresar verbalmente la enajenación de América en Europa, basada, antes que nada, en una dependencia económica y política. Clavijero y sus compañeros respondieron recusando a Europa el derecho de erigirse en única instancia de juicio sobre América, y equiparándose con ella en el campo teórico de la judicación histórica. Ahora, en cambio, el juicio infamante proviene de la clase que domina en la Colonia; manifiesta verbalmente la opresión económica, política, cultural del ofensor, y simboliza su pretensión de mantener enajenadas a las otras clases. El insulto, que acompaña a la acción opresora, es la expresión patente del desafío que incita a la lucha. La actitud histórica con que el criollo responde a la clase ofensora, se expresará igualmente en el campo del juicio y quedará simbolizada en el tipo de argumentación de que echa mano en la contienda.

La igualdad de los contendientes se expresa en los argumentos que se esgrimen. Los duelistas se miden recíprocamente; cada quien pretende determinar, limitar con sus juicios la realidad del otro. Cada uno pretende juzgar sin ser juzgado, convirtiéndose en instancia revelante del otro; "se hacen de palabras" los rijosos. El ofendido replica, ante todo,

<sup>8</sup> Revelador del estado de ánimo, este dato: cuando *El Especulador Patriótico* publicó, en su primer número, especies injuriosas contra los americanos, el *Diario de México* salió en su defensa, con tal aceptación que tuvo que tirar tres ediciones seguidas no obstante la vigilancia de la censura.

<sup>9</sup> *El Ilustrador Americano*, núm. 3; en G. García, *op. cit.* t. III.

según un esquema lógico muy sencillo, la argumentación *ad hominem*. Todos los juicios condenatorios del otro los devuelve sobre él aplicándole los mismos principios. "¡Yo tanto como tú! —grita— Si tú lo haces ¿por qué no yo?" Y el denuesto trata de establecer paralelismos y relaciones que lo equiparen con su adversario.

Un paralelo histórico aparece continuamente en la argumentación de los rebeldes: los españoles hacen en América lo mismo que Napoleón en España; los americanos pueden invocar contra los europeos el mismo derecho de defensa que éstos alegan contra los franceses. Morelos insiste en que los gachupines quieren que sufra América el mismo despotismo que Napoleón ha impuesto en España; <sup>10</sup> Cos señala la coincidencia entre Napoleón, que llama "insurgente" al pueblo soberano de España, y los "gachupines" que hacen lo propio con el americano; "cuanto alegamos en justificación de nuestra causa —afirma— es idénticamente conforme a lo que en España ha servido de fundamento a los partidarios del sistema antinapoleónico". <sup>11</sup> Por su parte Mier exclama: "¡Vuestra causa es tan idéntica a la de Napoleón en España!" En otro lugar amplía aún más el mismo esquema dialéctico; después de impugnar la legitimidad de la Conquista, pregunta ingenuamente: "¿Dejaríais vosotros que los indios hubiesen venido a poblar la Sierra Morena?" El mismo tipo de argumento se repite en otras muchas ocasiones, como cuando impugna la discriminación de las castas alegando que la misma mezcla racial existe entre los españoles, quienes también tienen sangre africana. <sup>12</sup>

Desde la Conquista, el papel de América en la historia universal quedó pendiente de la instancia europea. Ahora, en cambio, lo mismo puede sostenerse que España decide del papel que jugará su colonia, como lo contrario; mejor dicho, el resultado está aún en suspenso y sólo el triunfo final de-

<sup>10</sup> "Desengaño de los americanos..."; en *Morelos. Documentos...*, t. I.

<sup>11</sup> *El Ilustrador Americano*, núm. 5; en G. García, *op. cit.*, t. III.

<sup>12</sup> *Historia...* t. II, pp. 37 y 277, y "Carta..."; en *Semanario Patriótico Americano*, núm. 15.

cidirá cuál de los dos países habrá de señalar el sentido de la historia americana. Aquel cuyo punto de vista logre imponerse se constituirá en instancia definitiva de juicio sobre el otro. Si triunfa España ¿qué serán los criollos sino unos rebeldes traidores a su rey? Mas si la suerte le es contraria, ¿acaso podrán los europeos librarse del baldón de opresores y déspotas con que los determinará la historia de América? ¿No se podría decir a los españoles que insultan a los insurgentes —pregunta Mier— lo que el duque de Alba a la reina Isabel: “ruegue V. A. a Dios que venzamos nosotros; porque si ellos vencen, nosotros hemos de ser los traidores...”?<sup>18</sup> Al levantar el reto, el criollo ha invocado el fascinante juego del azar, dios de jugadores y duelistas. Azarosa es la historia, ambigua; ante ella no hay privilegios, todo lo iguala el rasero de la suerte.

La equiparación con el español, no implica una negación de todos sus valores. Antes al contrario; el paralelo que establecen los insurgentes entre su propia actitud y la de sus enemigos frente a Napoleón, supone el reconocimiento de ciertos valores comunes en que sostener la comparación. Al mismo tiempo que rechazan la pretensión de superioridad del otro, aceptan nivelarse con él en el plano de una base común: la Constitución fundamental de América y la sumisión a la corona que rige a ambos países y declara su igualdad. Hay valores tradicionales políticos y religiosos que son comunes a ambos continentes y pueden, por tanto, servir de norma que arbitre entre los contendientes. Así, el criollo se libera del juicio condenatorio ajeno, apelando a principios teóricos que trascienden a ambas partes y pueden servir de *criterio* para dirimir su disputa. El mismo movimiento se manifiesta en la apelación a la corona en la primera etapa de la ideología política de la clase media. Según su Constitución originaria, la Nueva España es un reino igual a los de la península y sometido, como ellos, al trono común. La monarquía aparece pues con el sentido de una tercera instancia que domina sobre las dos naciones en dispu-

<sup>18</sup> *Historia* . . . , t. II, p. 34.

ta, y ante la cual la Nueva España se eleva al mismo rango que su antagonista. Fernando VII, desterrado de España, alejado tanto de América como de la metrópoli, es un símbolo que puede invocar el americano para trascender a su ofensor y colocarse en plan de igualdad con él, pues ante la corona ambos tienen el mismo rango. El llamado de los insurgentes al rey y a la *Constitución Americana* finca, pues, sus raíces en un movimiento de equiparación frente al otro, *formalmente* similar al que, en el campo del pensamiento, llevó a cabo la "Ilustración" novohispana.

La primera etapa que señalábamos en la concepción política de la *intelligentsia* corresponde a este movimiento. En él aún no se niega todo el pasado colonial ni se rechazan todos los valores del régimen español. Para equipararse con la clase europea, le basta al criollo con remontarse a aquellos principios que ambos están obligados a admitir por serles comunes. El insurgente propone tácitamente a los europeos que se atengan a un criterio común, tercero en disputa: el pacto originario de que derivan las leyes e instituciones del país; ante él la igualdad de derechos de los descendientes de los conquistadores se hará patente.

Pero, poco a poco, detrás de la equiparación empieza a ocultarse una actitud más radical. La negación parcial de lo español se irá transformando lentamente en su desestima total; entonces tras la aceptación de los valores tradicionales se anunciará una oculta intención de trastocarlos. En las vicisitudes de la simbólica figura de Fernando VII entre las filas insurgentes, podemos percibir ese tránsito. Fernando VII no juega el papel de un soberano efectivo cuyos dictados se dejen oír, tiene el sentido de una noción abstracta, de un mero "ente de razón", como tan significativamente lo llama Rayón.<sup>14</sup> Ausente y silencioso, su nombre es sólo un símbolo. A los insurgentes más perspicaces no escapa la utilidad del nombre de Fernando. En una carta

<sup>14</sup> Carta a Morelos de 4, IX, 1811; en Hern. y Dav., *op. cit.*, t. I, doc. 284. Recuérdese también la frase atribuida a Hidalgo por el Ayuntamiento de Guanajuato: "Fernando VII —habría dicho el cura— era un ente que ya no existía." (Cit. por Alamán, *op. cit.*, t. I, p. 411.)

al Congreso de Chilpancingo, Rayón defiende que se siga nombrando al rey, pues ello no modifica en nada la absoluta Independencia; “¿Qué dominio tiránico ha ejercido sobre nosotros o qué contribución onerosa ha podido agravar el reconocimiento? . . . Nos hallamos en posesión de la tan deseada Independencia.” Fernando es un nombre vacío que nada cambia a la situación. ¿Por qué se le sigue reconociendo? Porque “la actual situación política nos hace temer justamente que la *abierta* declaración de Independencia ocasiona daños irreparables”. En efecto, el pueblo fácilmente se inquietaba al anunciarle el abandono del rey; cuando corría esa versión entre la tropa de Hidalgo, las deserciones estaban a la orden del día; por otro lado, es necesario apelar a él para obtener partidarios entre la gente timorata y entre muchos soldados.<sup>15</sup> La negación absoluta del adversario se oculta con cuidado; se aceptan algunos de los valores ajenos, mientras la verdadera intención se emboza. La libertad no *se abre* ante el otro por miedo de horrorizarlo. Pretende no ser plenamente independiente y someterse a los valores constituidos, para lograr que el otro la acepte sin escandalizarse. Por eso, Abad y Queipo advierte que “no hay *buena fe*” entre los insurgentes al apellidar a Fernando.<sup>16</sup> Otros penetraron también que tras la aceptación de los valores tradicionales se embozaba una libertad autosuficiente. “Es muy natural —decían los diputados americanos— que se agregase a la explosión algún pretexto que excogitasen los conmovidos como *una égida que cubriese* su proceder, para no aparecer a la faz del mundo con la nota de insurgentes o rebeldes”; esa *égida* es Fernando VII.<sup>17</sup> Por eso Morelos, más llano o más señor, pide “que se le quite la máscara a la Independencia”.<sup>18</sup> El impulso popular que deroga violen-

<sup>15</sup> Opinión de Rayón dirigida al Congreso de Chilpancingo; en Hern. y Dav., *op. cit.*, t. I, doc. 283.

<sup>16</sup> Opinión sobre el gobierno de Iturrigaray; en Hern. y Dav., *op. cit.*, t. I, doc. 280.

<sup>17</sup> Representación a las Cortes de Cádiz, de 1, VIII, 1811.

<sup>18</sup> Carta a Rayón, de 2, XI, 1812; en Hern. y Dav., *op. cit.*, t. VI, doc. 327.

tamente el orden constituido horroriza al letrado criollo. Intenta entonces ocultar su movimiento tras una "máscara" para no revelar ante el otro su independencia completa del orden estatuido. Primero es una apelación sincera a los valores comunes a europeos y criollos, después una aceptación puramente táctica; entonces sólo se admiten pasajeramente aquellos valores con el proyecto de invertir la relación en el momento oportuno y revelar la libertad en toda su desnudez.<sup>19</sup> El cura Hidalgo empezó a transitar de la primera a la segunda actitud. Primero invocó el nombre del monarca y, conforme pasaba el tiempo y se aseguraba su posición, fue dejándolo caer en olvido. Maldonado empezaba a callar el nombre regio en el *Despertador*, y su retrato desapareció del dosel del cura. La amenaza de la apertura de la Independencia, sumergió en la inquietud a Allende e hizo que muchos soldados desertaran. Idéntico movimiento habría realizado Rayón si el Congreso de Chilpancingo no hubiese proclamado, adelantándose a sus deseos, la Independencia.

El abandono del rey inicia el tránsito de la equiparación con el ofensor a su negación total, que condiciona el paso de la primera a la segunda etapa ideológica de la insurgencia. La nueva actitud histórica de la clase media se manifestará al través de su judicación del adversario.

## 2. LA NEGACIÓN DEL PASADO

Los europeos aparecen ante los insurgentes como "dueños", amos ilegítimos de todo lo americano. "Nos tratan como si fuéramos sus *esclavos* —dice Hidalgo—; no somos dueños ni aun de hablar con libertad; no disfrutamos de los frutos

<sup>19</sup> Este movimiento corresponde al tránsito de la *hipocresía* al *cinismo*, que con tanta agudeza ha señalado Emilio Uranga: la ocultación de la libertad precede a su *cínica* revelación. (Véase: *Análisis del ser del mexicano*; Porrúa y Obregón. México, 1952, p. 59.) Creemos inútil recordar que los términos *hipocresía* y *cinismo* carecen aquí de su habitual sentido peyorativo.

de nuestro suelo, porque ellos son los *dueños* de todo. . .”<sup>20</sup> Pero el dueño precisa de la propiedad de cuyo usufructo vive; si explota el trabajo ajeno es para disfrutar de los bienes que produce; sin él nada podría. Se encuentra, pues, indisolublemente ligado a su posesión. El usufructo de su trabajo por el otro aparece ante el siervo como rapiña. Para sostener su guerra contra el francés, España apeló a subvenciones extraordinarias en sus colonias. En Nueva España se multiplicaban tanto que dejaron sin joyas a las damas criollas y empezó a hablarse de fundir la plata y el oro de las iglesias. Los “saqueos” de los virreyes para enviar dinero a la metrópoli no sólo aumentaban el encono contra ella, también hacían patente, en el momento más crítico para España, la necesidad que tenía de sus colonias. Su misma pervivencia frente a los franceses parecía ligada al auxilio que percibía de América. Los términos comienzan a invertirse: ¿el amo no es acaso también esclavo de su posesión? América depende de Europa, pero ¿y ésta de América? ¿No es acaso la colonia la que ha hecho posible que perviva la metrópoli, al través de los años, con el rango y el poder que tiene? Y si el dueño está encadenado a los bienes que posee, ¿no lo está también a la existencia del esclavo que para él trabaja? “Nuestra esclavitud efectiva será eterna *porque os es necesaria*. En una palabra, nada podéis ni vaéis sin nosotros; y en realidad *vosotros sois los protegidos, no los protectores*.”<sup>21</sup> Los términos se han invertido: el esclavo no necesita del amo que lo ampare, es éste quien se encuentra supeditado a su esclavo.

El americano empieza a juzgar a su antiguo juez, y lo niega en la misma forma en que la “leyenda negra” negara a América. Si el americano parecía bárbaro y salvaje, ahora se manifiesta el español inhumano en su terrible crueldad en la guerra, bárbaro en su “despotismo” oriental, incivil en su negativa a tratar de paz con los insurgentes. La tropa

<sup>20</sup> “Memorias” de Pedro J. Sotelo; en Hern. y Dav., *op. cit.*, t. II.

<sup>21</sup> Mier, *Historia* . . . , t. II, p. 298. Ver también Morelos, “Desengaño . . .”; en *Morelos. Documentos* . . . , t. I.

recién venida de España empieza a compararse con las guarniciones americanas: los europeos se muestran rudos y zafios, groseros e impíos a los ojos de los criollos acostumbrados a la finura y cortesía del trato.<sup>22</sup> Poco a poco los defectos que el europeo solía encontrar en los americanos, los descubren éstos en aquél. "Parecen éstos [los europeos] —dice Mier— árabes beduinos o malcriados hotentotes tratando con pueblos civilizados y cristianos [los americanos]." <sup>23</sup> El criollo ha puesto de cabeza la "leyenda" europea: la barbarie y la impiedad se revelan de aquel lado del Atlántico, la civilización y la cristiandad de éste.

En fray Servando esta negación adquiere un alcance particular. Sus *Memorias* trazan un cuadro sarcástico de la Vieja Europa. Reviven la Corte venal de los Borbones, donde sólo triunfan el favor y el dinero, la justicia, ahogada en la maraña de una burocracia omnipresente, el clero, ignorante y despótico, las ciudades, corrompidas, estragadas por el hambre y la miseria. Nada escapa a su sarcasmo, ni las costumbres y el lenguaje, ni las casas siquiera, "que le hacían reír". La descripción de lo español dentro y fuera de su país es de las más despiadadas; en el extranjero —acaba diciendo— "español" equivale a "tonto, ignorante, supersticioso, fanático y puerco. Y desgraciadamente en cada lugar que he estado de Europa, algún español metía ruido con alguna porquería famosa". El atraso de la península es terrible, y "de todo esto tiene la culpa la maldita América que con 5.000 millones fuertes que, según cálculos del barón de Humboldt, ha derramado sobre España, la ha empobrecido... Con esto ha faltado la agricultura y venídoles el hambre, aunque el maíz, las patatas, todas las especies de frijoles razonables, los pimientos, los tomates y el chocolate que componen en general su alimentación y sus delicias, se los ha dado la América. ¿Por qué no la dejan?" El occidental altivo que juzgaba al Nuevo Continente "joven y bárbaro" se ha me-

<sup>22</sup> Ver Bustamante, *op. cit.*, t. I, pp. 35 y 414.

<sup>23</sup> *Historia...*, t. II, p. 147.

tamorfoseado: ahora sólo es un endeble parásito que se nutre a expensas de América.

No se crea que la crítica se restringe a España, toda Europa participa de ella: Italia, "el país de la perfidia, el engaño y el veneno, el del asesinato y el robo", con su Roma decadente donde duerme un papado codicioso y venal; Francia, socavada por el "deísmo" y el "ateísmo", escéptica y viciosa; Europa entera, "esa prostituta, vieja, podrida, intrigante y menesterosa, como [la] llamaba Napoleón".<sup>24</sup> El resentimiento del letrado criollo lo lleva a desestimar todos los valores de su antiguo amo; ¿podrá seguir dependiendo de quien considera despreciable? ¿Será posible "mantener atado a un rincón miserable de la Europa distante de dos mil leguas de océano, un mundo sembrado de oro y plata con las demás producciones del universo?"<sup>25</sup> Si hubo una "leyenda negra" sobre América, puede decirse que Teresa de Mier escribe una "leyenda negra" sobre el Viejo Mundo. La negación del otro es radical: "Vengados estamos del degradante concepto con que nos vilipendió la Europa", proclamará arrogante el primer presidente de México.<sup>26</sup> Así lleva la equiparación con el otro, por la dialéctica interna de la lucha, a la negación total de su mundo histórico.

Pero ¿la negación de España no implica la del propio pasado? ¿Puede negar la Colonia a su metrópoli sin rechazar toda la tradición en que se sustenta? Lo que es la Vieja España lo fue la Nueva. Si los criollos ven a la metrópoli sumida en la miseria y la ignorancia y desdeñan su tipo de vida e historia, también deberán desechar su propio pasado que se formó a partir de ella. Morelos, después de reconocer la "suma ignorancia" y la "absoluta opresión" del mundo colonial, nos dice: "Conoce la América que cuanto pensáis y ejecutáis es muy análogo a nuestra educación servil, cri-

<sup>24</sup> "Nuevo Discurso del mismo autor..."; en *Escritos inéditos*, p. 405.

<sup>25</sup> "Discurso escrito en San Juan de Ulúa"; en *Escritos inéditos*, p. 213.

<sup>26</sup> "Discurso de G. Victoria al Congreso", de 24, XII, 1924; en *Primer Centenario de la Constitución de 1824*, publ. por la H. Cámara de Senadores de los EUM. México, 1924, p. 346.

minimal conducta y antigua barbarie.”<sup>27</sup> El mundo hispánico no sólo se encuentra del lado del opresor, está incrustado en el ser mismo del oprimido; lo que repudia Morelos en el “gachupín” es similar a lo que la educación y la historia injertaron en el americano; repudiar la conducta del español es rechazar igualmente la propia conducta pasada. Ante los insurgentes empieza a manifestarse su propio mundo con sombríos colores; sólo ven despotismo, ignorancia y miseria a lo largo de tres siglos; la Inquisición, que impide el progreso intelectual, la falta de escuelas y “luces”, la fatuidad y el ocio de una nobleza disipada, la miseria del indio y de las castas se desembozan tras la opulencia aparente de oros y sedas. “¡Válame Dios y el espectáculo de sandeces que hemos presentado a la culta Europa —exclama Bustamante—! ¡Me avergüenzo al contemplar tanta degradación, y me admiro que no hayamos rebuznado en tres siglos!”<sup>28</sup>

Se niega el pasado que constituye, de hecho, el ser histórico del criollo. Quiéralo o no, el presente es resultado del orden colonial edificado pacientemente por sus antepasados. Su ser mismo deriva de ese pasado y en él se finca, so pena de quedar vacío; fuera de él sólo tiene proyectos y deseos, de infinito alcance quizás, pero que aún son meras posibilidades irrealizadas; *facticamente* la Colonia constituye su mundo histórico entero. Y todo entero lo niega, de un golpe, el criollo. Para ello, no toma pie en una situación distinta; rechaza el ser que le ha sido dado, sin sostenerse en una nueva realidad; se eleva sobre sí mismo, vuela hasta la posibilidad y la abraza y, una vez alcanzado el futuro, corta de un tajo el pasado que lo sostenía. Su negación lo pone en vilo sobre sí mismo, le arrebató todo sostén en su mundo histórico, para dejarlo prendido de su propia trascendencia. Arriesgado recurso para quien pretende liberarse. “¿Se pasa tan fácilmente de un estado colonial al rango soberano? Pero este *salto peligroso muchas veces*, era el único que podía salvar-

<sup>27</sup> “Desengaño...”; en *Morelos. Documentos...*, t. I.

<sup>28</sup> *Séptimo Juguetillo dedicado al Pensador Mexicano*, de 7, VII, 1820.

nos.”<sup>29</sup> Peligroso, en verdad, aniquilar el propio sustento en un golpe de libertad para construirse un nuevo mundo desde la nada.

Con esta actitud, la clase media ya no puede aceptar los principios que provenían de la Colonia; ni siquiera la vieja *Constitución Americana*; el mismo europeo la obliga a ello al negarse a aceptar la igualdad entre Nueva España y Castilla. Ahora puede hacerlos a un lado como principios inservibles. Su negación del pasado la inclina a buscar un ideal que nada tenga que ver con la tradición que abandona y que pueda abrazar en un puro movimiento de libertad. Su actitud la dirige hacia las teorías políticas liberales, negadoras del tradicional orden hispánico. De parecida manera, en el terreno religioso tenderá a invalidar todo el sistema de evangelización y organización eclesiástica de la Colonia, el “cesaro-papismo” y despotismo que le fueron propios, y emprenderá el camino hacia las ideas renovadoras que presentan un Mier o un Lizardi. La segunda etapa en el pensamiento de la clase media es la manifestación de este cambio en su actitud histórica.

Siguiendo las tortuosas vías del espíritu, el desdén por el pasado conduce a su punto de partida: la leyenda denigratoria de América. Al desestimar la Colonia, parece como si el insurgente se sumara a los extranjeros que lo habían denigrado. Es lo que vio Beristáin claramente; y quizás el rechazo de la tradición por los insurgentes haya sido razón de peso para que apoyase al partido realista. También Beristáin marchaba en la senda de Clavijero y Eguiara; también él escribió su *Biblioteca Hispano-Americana Septentrional* para refutar las calumnias de Paw, Marmotel y sus secuaces; mas lo hizo en defensa de España, tanto metropolitana como colonial; pues consideraba que al través de sus posesiones se aludía a la metrópoli. Cuando estaba escribiendo su obra, la revolución lo sorprendió, obligándolo a añadir estas líneas: “Antes —dice— cuando algún español

<sup>29</sup> Manifiesto de los diputados al Congreso de Chilpancingo, de 6, XI, 1813; en Hern. y Dav., *op. cit.*, t. v, doc. 92.

europeo calumnió la América, se conmovieron los españoles americanos y desenvainaron las plumas para repeler tales calumnias"; ahora en cambio los mismos americanos se denigran, como lo hacen los insurgentes. "Lejos de rebatir, como debieron hacerlo en verdad y en justicia a los Reinales, Robertsones y otros tales, se han puesto de su bando."<sup>30</sup> Bien ve el canónigo ilustrado cuál es el movimiento que realiza el insurgente: la desestima del propio ser histórico; con ello, queda equiparado ante sus ojos con un descastado voluntario que, al renegar de su tradición, da la mano al extraño. Pero lo que no ve en modo alguno es la profunda divergencia de ambas actitudes; pues mientras Paw negaba *al otro* a partir de *su propia realidad*, el americano se niega *a sí mismo*, a partir de . . . *nada*, a partir de las posibilidades que le franquea su libertad. En aquel caso nada nuevo advenía en la historia, en éste se intenta la más temeraria aventura a que puede arrojarle un pueblo: la aventura de la *conversión*.

### 3. UN SUEÑO DE TRES SIGLOS

La realidad que niega el americano no es estática sino histórica. No le es dado rechazar su situación como si fuera un simple fardo que la naturaleza hubiera dejado caer sobre sus hombros, ciego resultado de factores biológicos o geográficos. No interviene en su rechazo la herencia racial o el contorno telúrico; los caracteres del mundo que le enfadan reconocen una génesis muy distinta: son hechura de un lento acontecer histórico; en cada uno de ellos se reconoce la voluntad humana que presidió sus orígenes. La realidad actual es el resultado de un proceso del que no puede desvincularse, se encuentra incardinada en toda una época que se dirigía por los mismos proyectos históricos, reconocía una idéntica tradición y marcaba el mismo paso de desarrollo. El presente forma parte de un acontecer que constituye un

<sup>30</sup> *Biblioteca Hispano-Americana Septentrional*, 1816. "Discurso apologético" que le sirve de prólogo.

todo unitario: quien lleva hasta el límite su desestima se verá impelido a repudiar toda la época a que pertenece. Y el todo unitario de que forma parte tiene una circunscripción muy precisa. Comprende exactamente el periodo en que América estuvo incardinada en la tradición y los proyectos hispánicos y se desarrolló conforme al ritmo histórico de España: su límite extremo es la Conquista y su medida cronológica abarca poco menos de tres siglos. La desvaloración del ser americano se refiere a esa unidad global, enmarcada estrechamente. "La dependencia de la península por trescientos años ha sido la situación más humillante y vergonzosa en que se ha abusado del caudal de los mexicanos con la mayor injusticia . . .", decía Hidalgo.<sup>31</sup> La situación negada se extiende hacia el pasado sin solución de continuidad y forma un solo cuerpo con el acontecer de toda la Colonia. Esos obsesivos trescientos años perseguirán a todos los insurgentes. Cos recordará los crueldades de los conquistadores, "las vejaciones que ha padecido [América] en el espacio de trescientos años [y] los agravios atroces que han sufrido sus inocentes habitantes en las tres ramas que distingue de españoles, indios y castas".<sup>32</sup> Bustamante hará suyas las palabras de los primeros insurrectos sobre "el servil yugo y tiránica sujeción en que han permanecido estos feraces estados el dilatado espacio de cerca de tres siglos".<sup>33</sup> El mundo negado no se diluye pues en una tradición remota cuyo inicio se perdiera en la infinitud del pasado; se encuentra confinado, por el contrario, entre hitos cronológicos precisos. Este hecho, a primera vista insignificante, otorga un sentido peculiar a la actitud de los criollos. Al vincular su situación a una época de tiempo definida, el movimiento adquiere una profunda sensibilidad para lo histórico.

Empleando una impropia metáfora espacial, parece como si la época negada formara un bloque circunscrito entre un espacio anterior y otro posterior que no participan de su

<sup>31</sup> Carta al intendente Riaño desde Celaya, de 21, IX, 1810.

<sup>32</sup> *Semanario Patriótico Americano*, núm. 7; en G. García, *op. cit.*, t. III.

<sup>33</sup> *Cuadro Histórico...*, t. I, p. 156.

negación. Los tres siglos están ahí como una mancha indiferenciada de contornos distintos. "*Despertad* al ruido de las cadenas que arrastráis ha tres siglos", exclamaba Maldonado.<sup>84</sup> La Colonia es asimilada a un tiempo de sueño, oscuridad transitoria que media entre dos soles, o bien a un aciago periodo de prisión y servidumbre: "las cadenas de una ominosa servidumbre de casi tres siglos son las que tratan de romperse", repetía Morelos.<sup>85</sup> La Nueva España ha sido un periodo de cautiverio con su inicio y término preciso: sólo un episodio que ha venido a interrumpir el curso de una vida diferente. Si es así, cabe esperar que el ser histórico que produjo no sea el que constituya al americano, sino únicamente un accidente; cabe pensar que, así como hubo una época en el pasado que vivió fuera de él, podrá haber otra después, tan real como aquélla. Bastará cerrar el paréntesis abierto, despertar del sueño, abandonar la prisión, para volver en sí. ¿Será posible descubrir, más allá del ser que nos repugna, una vida auténtica? Puede suceder que el prisionero pierda la memoria de su antigua libertad, o que el dormido yazga en el olvido de sus horas de luz y de vigilia; pero ¿qué importa? Basta con que adquiera conciencia de que su prisión no ha durado siempre, de que su sueño tuvo un comienzo, para que renazca en él el deseo de recobrar la vida auténtica. De parecida manera concibe el mexicano la esperanza de que su negación le haga descubrir su verdadero ser, aquel que estaba cubierto por los velos de su sueño, aquel que se extendía, amplio y sereno, tras los muros de su encierro. Por paradójico que parezca, el rechazo del propio ser es a la vez su afanosa búsqueda, porque los movimientos más hondos de la existencia vinculan siempre los extremos opuestos, y la vía de la negación de sí mismo es la del propio descubrimiento.

El mexicano vuelve la cabeza hacia atrás y cree ver en su pasado una acumulación de elementos sociales y culturales

<sup>84</sup> *El Despertador Americano*, núm. 9; en G. García, *op. cit.*, t. III.

<sup>85</sup> Carta al obispo de Oaxaca, de 25, XI, 1812; en *Morelos y la Iglesia Católica. Documentos*. Empresas Editoriales, S. A. México, 1948.

que ocultan lo que es auténticamente. Hay que limpiar los desechos dejados por los años, remontar la corriente del tiempo, arrancar el sedimento que sepulta lo originario, y sólo entonces, quizás, descubriremos nuestras aptitudes dormidas. La Colonia semeja un periodo de degradación en el que se fueron sepultando, hasta perderse, nuestras posibilidades más propias. Los tres siglos todo lo cubrieron con su manto espeso, degradándolo y corrompiéndolo. Los indios eran más felices en la gentilidad que bajo el dominio español, nos dice Cos; todos sus usos y costumbres degeneraron entonces; su religión está ahora "adulterada y corrompida". Conservaron en lo general muchos usos del paganismo que el régimen español no fue capaz de hacer progresar; en cambio adquirieron vicios que desconocían.<sup>36</sup>

El lapso por depurar abarca una época. ¿Y más allá? . . . Más allá se extiende el tiempo intacto, respetado por el proceso de adulteración. La desestima del criollo se detiene en una barrera cronológica: la Conquista, momento en que se inicia un nuevo proceso histórico. Pues si la Colonia fue sueño y cautiverio, ¿no hubo acaso un tiempo anterior sin yugo ni engaño? Poco recuerda él de aquella existencia remota, pero empieza a invadirlo la nostalgia de los años perdidos. El siglo XVIII había empezado la revalorización de las civilizaciones precortesianas, desenterrando viejos papeles de Sigüenza y Góngora; la esperanza de la *intelligentsia* no se basa sólo en vagos presentimientos, sino en esa nueva valoración que habían realizado sus predecesores ilustrados. Por todas partes se nota el influjo creciente de los temas precortesianos. Sobre todo, son Mier y Bustamante quienes prosiguen la labor de rectificación. El primero vuelve a tomar los argumentos de Clavijero en defensa de las prácticas religiosas indígenas, y hace resaltar, al igual que el jesuita, la sabiduría de sus leyes y la hondura de su ciencia. Pero su aportación más original es el intento de liberar definitivamente a los indígenas de la nota de paganismo y barbarie, convirtiendo a los fieles de Quetzalcoatl en discípulos cris-

<sup>36</sup> Véase el *Semanario Patriótico Americano*, núm. 21.

tianos y su religión en retoño de la evangélica.<sup>37</sup> Por su parte, Bustamante no desperdicia ocasión de introducir, en citas rimbombantes, las virtudes de los antiguos emperadores, y se siente fascinado durante toda su vida por el estudio de las antiguas culturas, a las que dedicará más de un escrito.

La revaloración de las civilizaciones precortesianas tiene un sentido que la distingue de otras revaloraciones históricas. Casi todos los movimientos románticos suponen una rebelión contra los valores que rigen la sociedad contemporánea y una identificación más o menos honda con los que son propios de épocas pasadas. El romántico se encuentra a sí mismo en la cosmovisión de la época que añora, pretende substituir valores antiguos a muchos de los nuevos, aspira a un renacimiento de contenidos espirituales del pasado. ¿Encontramos en el indigenismo de la época que estudiamos los mismos caracteres? Nada de eso. El criollo no busca en el pasado indígena valores espirituales que suplantén los de la Colonia; sigue sintiéndose extraño a su cosmovisión, a su sentido religioso, a su voluntad artística, por más que llegue a admirarlos. Al volver hacia otra época no reivindica su concepción del mundo frente a la contemporánea. No pretende, por ejemplo, revivir creencias del paganismo, el gran arte escultórico azteca, o sus ideas filosóficas —que en su mayoría desconoce—; ni siquiera pretende resucitar sus normas de moral y, cuando ataca la opresión y la corrupción coloniales, no se le ocurre buscar un modelo distinto en las instituciones precortesianas. Por el contrario, permanece fiel a los valores cristianos a la vez que a las ideas políticas modernas. No hay pues una *reiteración material* de lo indígena; no son sus *contenidos* sociales y espirituales los que se pretende reivindicar. La simpatía con aquel pasado nace de una coincidencia *formal*. La depuración del coloniaje aboca a una época aún no contaminada; ésta presentará, ante todo, el sentido de lo limpio, de lo no

<sup>37</sup> No analizamos aquí estas ideas por haberlo hecho en otro ensayo. Véase *Los grandes momentos del indigenismo en México*. El Colegio de México, 1950, caps. vi y vii.

adulterado. Ella negaba la Colonia antes de que apareciera, al igual que la niegan los insurgentes cuando concluye; ambos se encuentran, porque están situados en los confines de un mismo mundo; coinciden desde fuera de una tercera época histórica, aciago intermedio que los separa. Si llega a establecerse una comunidad de valores culturales será posterior, como consecuencia del encuentro con lo no hispánico de América; una vez que se ha alcanzado éste, pueden descubrirse ahí valores capaces de inspirar a la nueva sociedad. Los criollos sienten que su época coincide con la precortesiana, porque ambas se quieren limpias del lapso colonial. Nada tiene el indigenismo de una impotente reiteración de fórmulas sociales muertas, ni de un arcaísmo que intentara hacer pervivir en el presente sistemas de antaño. Lo que le importa es llegar a una realidad virgen de lo europeo y, sobre todo, destacar la posibilidad de una vida que realiza altos valores fuera de la unidad histórica negada.

El mismo proceso depurador conduce a otra realidad histórica, esta vez no indígena, pero que también se encuentra más allá de los tres siglos nefandos. En el terreno religioso lleva a un cristianismo más en contacto con el pueblo y exento de los vicios acumulados por los años coloniales. El retorno al cristianismo primitivo corresponde en el plano religioso al retorno a las civilizaciones indígenas en el plano político. En ambos casos el movimiento negador de la Colonia conduce al reconocimiento de los valores propios de la época anterior y no a la inversa. Así, vimos cómo partiendo de la comprobación de la actitud política de la jerarquía eclesiástica, y más tarde de la decadencia y mundanización del clero, el criollo llega hasta el momento en que no encuentra esos vicios y en que era aún posible, por tanto, haberlos evitado; entonces trata de revivir aquellos valores originarios. Lo que era menos factible en el caso de la cultura indígena, debido al foso que la separaba de la mentalidad occidental del criollo, resulta viable en el caso del cristianismo que aún perdura en el fervor de los americanos.

La depuración del pasado lleva a sus extremos la actitud histórica que inició el Ayuntamiento de México en 1808; está presidida por la misma añoranza del ayer primero, anterior a las escorias que ha acumulado el tiempo. Tanto entonces como ahora, se busca el principio en el doble sentido del término: fundamento en que se basa el orden social e inicio temporal de ese orden. Pero, en 1808, la marcha no se prosiguió hasta el fin. La sociedad se aceptó constituida en sus bases esenciales, cual si fuera un haber que transformar; el origen sólo se persiguió hasta encontrar el fundamento en los cuerpos constituidos y su inicio temporal en la Conquista y la *Constitución Americana*. Con el grito de Dolores se reveló el origen último que daba razón de aquellos cuerpos sociales: la libertad del pueblo. Una vez que ha surgido, el criollo no puede ignorarla y reconoce que "la soberanía reside originariamente en el pueblo".<sup>38</sup> La búsqueda del principio histórico en lo precortesiano corresponde a la revelación del pueblo como fundamento social, así como la apelación a la *Constitución Americana* correspondía al intento de fundar la sociedad sobre los ayuntamientos. Se trata de dos momentos de una misma actitud de negación del pasado y de retorno al origen. Mientras el rechazo del régimen colonial se refiere sólo al absolutismo de los reyes, los criollos pueden apelar a las "leyes fundamentales" anteriores, para equipararse con los peninsulares; en cambio, al llevar a su término la negación de la Colonia en bloque, tenderán a negar todas las concepciones heredadas de ella y a buscar principios más originarios en qué constituir la nación nuevamente. Entonces, a la vez que reivindicarán los derechos de los indios, los criollos se abrirán a nuevas doctrinas políticas.

Las dos etapas en la actitud del criollo no corresponden exactamente a periodos cronológicos sucesivos, sino que, a menudo, coexisten en la misma época y aun en el mismo autor. De allí la duplicidad que a veces encontramos en las concepciones teóricas de la insurgencia y que les da un sello

<sup>38</sup> Artículo 5 de la *Constitución de Apatzingán*.

aparentemente contradictorio. Por un lado invocan las leyes fundamentales de la Colonia y reclaman la formación de una junta de cabildos; por el otro, llevan ese mismo movimiento hasta el final, niegan toda la época colonial e impugnan el derecho de conquista. Esta duplicidad se observa claramente en algunos escritos del doctor Cos, quien proclama como principal fundamento de la revolución la necesidad de formar una junta nacional para conservar la soberanía del rey, e inmediatamente después añade otros argumentos "secundarios": Las vejaciones de los tres siglos coloniales y las crueldades cometidas por los conquistadores.<sup>39</sup> Más patente se hace aún en Teresa de Mier. Él es el principal descubridor de la *Constitución Americana* y, al mismo tiempo, el más encarnizado impugnador de la Conquista; alternatively basa los derechos de los criollos en el "pacto social" del rey con los conquistadores y en las reivindicaciones de los indios.<sup>40</sup> La existencia, a menudo simultánea, de estas dos concepciones lógicamente incompatibles, resulta indiscutible si se las concibe aisladas de la actitud histórica que da razón de ellas; vistas a su luz, en cambio, aparecen como dos estratos de distinta profundidad de un idéntico movimiento hacia el origen, que pueden, por tanto, coexistir un tiempo.

#### 4. LA REPETICIÓN DEL ORIGEN

La Conquista y la evangelización señalan el tránsito de una vida histórica a otra distinta; constituyen la primera y más decisiva conversión de las sociedades americanas. A ese momento en que se destruyen las civilizaciones precor-

<sup>39</sup> *Semanario Patriótico Americano*, núm. 7.

<sup>40</sup> Silvio Zavala señala estas dos concepciones en la obra de Mier (*Historia de América*, t. VII, p. 54). Para salvar la dificultad que presenta su coexistencia nos habla de dos épocas en la evolución de su pensamiento. Estas existen evidentemente, mas sería difícil separarlas cronológicamente. El indigenismo aparece desde el sermón sobre la Virgen de Guadalupe, y la impugnación de la Conquista desde la *Historia*; en cambio la reivindicación del "pacto social" americano reaparece en escritos de 1820. Tenemos pues que buscar otra explicación.

tesianas para construir otra sobre sus ruinas, se sobrepone, tres siglos más tarde, otro movimiento, similar en la forma, pero de dirección exactamente inversa. En esta segunda conversión se niega la sociedad que suplantó al imperio mexicana; el segundo movimiento se superpone al primero, invirtiéndolo. La Conquista fue negación de la sociedad indígena; la Independencia negación de esta primera negación. Fray Servando es el principal impugnador de la legitimidad de la Conquista. Uno a uno rechaza los títulos que se adjudicaron en su justificación y descargo. No era válida, desde luego, la "herética donación de Alejandro" —que fue el argumento más frecuentemente citado—, pues dispuso el Papa de lo que no tenía poder de otorgar.<sup>41</sup> Tampoco fueron títulos suficientes la "pacificación" y la evangelización; la primera sólo enmascaraba la ley del más fuerte; la segunda exigía medios pacíficos y racionales, no militares y políticos. Mier revive los argumentos de Las Casas, de quien se siente ferviente discípulo. Al negar la legitimidad de sus inicios, toda la Colonia resulta una superchería, un dominio adventicio y bastardo que se sobrepone al legítimo. "La Conquista fue inicua y su posesión es una continua y tiránica *usurpación*."<sup>42</sup> El criollo, descendiente de los "usurpadores", al llevar hasta el fin la negación de su situación cortando de un tajo su pasado personal, concede razón al indio a quien le une el mismo movimiento de rechazo: "Los indios creen que las tierras y todo es suyo en América usurpada por los españoles, sobre quienes pueden hacer una justa represalia."<sup>43</sup> Su osada renuncia a todo lo que constituye su pasado, lo lleva a dar la mano al pueblo y reivindicar sus derechos; en Cádiz pelea en favor de la ciudadanía de los indios, "antiguos y legítimos dueños del país, a quienes una conquista inicua no había podido privar de sus derechos".<sup>44</sup>

<sup>41</sup> *Historia...*, t. II, p. 201.

<sup>42</sup> "Carta..."; en *Semanario Patriótico Americano*, núm. 10.

<sup>43</sup> *Historia...*, t. I, p. 272.

<sup>44</sup> "Situación de las castas de América"; en *Escritos inéditos*, p. 335.

El criollo se sitúa así, imaginariamente, en el momento en que la Conquista era una posibilidad que podía o no realizarse. Al negar la Colonia retrocede exactamente al instante en que pudo no haber triunfado, punto decisivo en que el futuro era ambiguo y podía inclinarse hacia un mundo distinto; una vez situado en él, elige la posibilidad no realizada: la derrota del europeo. Él, que se reconoce descendiente de los conquistadores, elige contra sus padres y simboliza en su elección su voluntad de autorrenunciamiento. La Guerra de Independencia aparece, vagamente, en unos escritores, más claramente en otros, como una reversión de la de Conquista. El término "reconquista" cae sin querer de los labios, y las comparaciones con aquellos tiempos acuden espontáneamente a todas las memorias. Morelos se titulaba a sí mismo: "Comisionado para la *reconquista* y nuevo gobierno de la América."<sup>45</sup> Cuando el licenciado Coronel reprochaba a Hidalgo la sangre derramada, el caudillo contestó: "Lo admirable es que no le espantó en nada el terrible destrozo que el León de las Españas, con la mayor sangre fría, causó sin piedad en la patria, terminando con el pueblo..."<sup>46</sup> Mier, al mismo tiempo que invocaba a Las Casas, veía en la guerra contra los españoles el "término de su imperio en los indios y una venganza de Dios en ambos hemisferios por las injusticias cometidas con los indios".<sup>47</sup> Pero fue sobre todo Bustamante quien puso en boga la idea de una guerra que reproducía, en negativo, la aventura de Cortés y sus compañeros. Su manía retórica le llevó a exagerar el paralelo al grado de ver resucitar hasta los más pequeños incidentes de la antigua epopeya. Los generales realistas le parecían "sedientos de oro" como pintaba la leyenda a los capitanes de Cortés;<sup>48</sup> en el virrey veía poco menos que una reencarnación de don Hernando, con su Malinche y todo; pues "tenía una mujerzuela a la que él llamaba

<sup>45</sup> Véase Alamán, *op. cit.*, t. II, p. 592, y Teja Zabre, *op. cit.*, p. 149.

<sup>46</sup> Véase Pedro García, *op. cit.*, p. 82.

<sup>47</sup> "Idea de la Constitución"; en *Escritos inéditos*, p. 260.

<sup>48</sup> Para lo siguiente, véase el *Cuadro histórico...*, t. I.

su Malintzin o Malinche, porque así como aquélla comunicaba sus secretos a Hernán Cortés para preservarlo con sus españoles, ésta le hacía sabedor de cuanto le participaban algunos americanos que, creyéndola de su partido, le vaciaban sus pechos". El mismo Venegas "*renovaba* los días de Cortés entonces, pues hizo sacar falconetes de este conquistador". Incluso las mismas devociones se reproducían: la Virgen de los Remedios, aquella misma Virgen que "echaba tierra a los indios mexicanos en los ojos" para que fueran fácil blanco de las tropas de Cortés, era invocada por el partido europeo. El mismo lenguaje parecía renacer en labios de Calleja, quien hablaba de la "pacificación" de la Nueva España; "y ya se entiende lo que importa esta voz en el diccionario español a los americanos, cuyas leyes llaman pacificar a la conquista de ellos". Igual que en aquella época, los tlaxcaltecas apoyaban al partido español y en el Puente de Calderón la misma desigualdad en las armas es causa de la derrota insurgente. Del lado de los sublevados, Bustamante conjuraba los manes de los viejos soberanos nahoas: "Genios de Moctezuma, Cacahma, Quauhtemoc, Xicotencatl y Calzontzin —exclamaba—, celebrad en torno de esta augusta asamblea y como celebrabais el mitote en que fuisteis acometidos por la pérfida espada de Alvarado, el fausto momento en que vuestros ilustres hijos se han congregado para vengar vuestros ultrajes y desafueros..."<sup>49</sup> La Guerra de Independencia es una venganza de la Divinidad por la sangre que derramó la Conquista: "¿Ignoráis acaso que en la balanza del gran Teotloquenahuaque se pesaron estos crímenes y que se reservó su venganza para sus abatidos hijos, después de tres centurias de años?"<sup>50</sup>

La Independencia abre de nuevo el dilema de la Conquista. "Al 12 de agosto de 1521 sucedió el 8 de septiembre de 1813. En aquél se apretaron las cadenas de nuestra servidumbre en México Tenochtitlan; en éste se rompen para

<sup>49</sup> Discurso en el Congreso de Chilpancingo escrito para Morelos; en *Morelos. Documentos...*, t. I, p. 180.

<sup>50</sup> *Cuadro histórico...*, t. I, p. 35.

siempre en el venturoso pueblo de Chilpancingo.”<sup>51</sup> Un átomo temporal se superpone exactamente al otro invirtiendo su sentido: el instante de la Conquista *se repite* tres siglos más tarde.<sup>52</sup>

Así como la Conquista inició la construcción de una nueva sociedad, así también el momento que la revierte señala el advenimiento de un orden inverso. La Independencia, al repetir la alternativa de la Conquista, elige la posibilidad no realizada, la que tenía el vencido antes de serlo. El nuevo orden repetirá *formalmente* aquella sociedad que pudo haber advenido de no haber triunfado Cortés. Allende, sin embargo de no tener intereses directamente ligados con los indios, se consolaba de su posible derrota con el pensamiento de que, al menos, “quedarían estos países en favor de los indios, sus primeros dueños”.<sup>53</sup> Bustamante, por su parte, quería que Morelos principiara un discurso al Congreso con estas solemnes palabras: “Vamos a *restablecer* el imperio mexicano mejorando el gobierno...”<sup>54</sup> No muy extendidas en los comienzos de la insurrección, estas ideas llegaron a alcanzar una aceptación general en los días en que el ejército trigarante, entrando triunfalmente en la capital de la Nueva España, hacía pensar a todos que la guerra había terminado y el nuevo orden largamente esperado había dado principio. En esos breves meses de delirante entusiasmo, en que toda la nación se unía ante la esperanza de participar en la era de gloria y prosperidad que creían iniciada, la primera palabra para designar el país naciente fue siempre la misma: “Imperio”. No se pensó en hablar de “monarquía”, “reino” u otra denominación más adecuada a la tradición y a las estipulaciones de los tratados de Córdoba e Iguala que die-

<sup>51</sup> Discurso en el Congreso de Chilpancingo; *op. cit.*

<sup>52</sup> El “lugar” del encuentro entre el criollo y el tenochca no puede situarse en una línea cronológica porque trasciende la división del antes y el después; ese “lugar” temporal es el momento en que simbólicamente se cierra el ciclo histórico de la Colonia y se vuelve al principio.

<sup>53</sup> Informe de Diego García Conde acerca de su prisión por los insurgentes; en Hern. y Dáv., *op. cit.*, t. II, doc. 156.

<sup>54</sup> Discurso en el Congreso de Chilpancingo; *op. cit.*

ron nacimiento al nuevo país; tampoco se usó una palabra más general, menos comprometedora por tanto, como "nación". Mucho antes de que se vislumbrara la posibilidad real de designar un soberano, cuando ni siquiera se podía predecir quién habría de ocupar el trono, en todas partes sólo se hablaba del "imperio mexicano". La primera explicación del hecho reside probablemente en la ola de optimismo y de imaginación desbordada que creía hallarse ante un país de fabulosas posibilidades, digno, en consecuencia, de algún nombre grandilocuente adecuado a sus hazañas futuras. Sin embargo, la denominación recuerda tanto otra sociedad, que podemos preguntarnos si no contribuiría a su general aceptación el recuerdo del perdido imperio mexicana. La misma aparición, un tanto súbita, de las apelaciones "México" y "mexicanos" —que no eran ciertamente las de uso más común y que venían a reemplazar las de "América Septentrional" y "americanos" usadas hasta entonces por los insurgentes— sugiere que se busque una explicación en la creciente presencia de la tribu azteca en la mente de los novohispanos; el nuevo nombre simbolizaría, a la vez, la negación de la Nueva España y el encuentro con lo indígena. Muchos de los insurgentes de primera hora, incluso republicanos, tuvieron conciencia de esta relación con el pasado. ¿Cómo no evocar, por ejemplo, el curioso proyecto de Victoria que proponía a Iturbide se designara emperador a un oficial criollo soltero y se le desposara con una india noble para simbolizar la participación de la antigua nobleza indígena en el imperio? Y las siguientes palabras de Mier, tan conocidas: "Ya que se quisiera *restablecer el imperio mexicana*, sería una injusticia ir a buscar el emperador en las dinastías de Europa... cuando en México hay muchos descendientes de las treinta familias reales que componían el imperio mexicano y yo soy uno."<sup>55</sup> Mier no habla del *restablecimiento* como de una idea que le sea personal, sino como de una especie común, tan común que ya no se le puede señalar un inventor determinado. Recordemos, por fin, las

<sup>55</sup> "Acaba de llegar a Filadelfia..."; en *Escritos inéditos*, p. 382.

intrigas de Lorenzo de Zavala en Europa para ofrecer el trono a uno de los descendientes directos de Moctezuma. Estas ideas fueron seguramente una de las mayores fuerzas que se opusieron a la venida de un Borbón según lo estipulado en el Plan de Iguala y facilitaron indirectamente la realización de las ambiciosas miras de Iturbide. El mismo Bustamante, enemigo de la tiranía y partidario de la república, se dejó arrastrar a tal grado por el fascinante proyecto que escribió, en 1821, un elogio de los antiguos reyes texcocanos con el siguiente título: "Galería de los antiguos príncipes mexicanos dedicada a la suprema potestad que *les sucediere* en el mando." La dedicatoria, dirigida a don Agustín de Iturbide, rezaba: "Señor, la Providencia os destina para que ocupéis el trono de unos emperadores cuyo retrato os he trazado. . . haceos digno de llamaros *el Nuevo Netzahua'coyotl*." <sup>56</sup> El emperador criollo sucede al indígena ocupando su mismo trono. Claro está que se trata de un juego retórico; el nuevo soberano no desciende, ni por la sangre ni por el derecho de los antiguos. Pero detrás de la versatilidad oratoria se esconde una actitud histórica muy significativa. El entronque con los indígenas no es del género de la continuidad gubernativa, pues el nuevo imperio no prolonga instituciones políticas del antiguo. Se trata, más bien, de una descendencia *formal* y simbólica. La época colonial es un largo paréntesis entre dos imperios, es decir, un lapso de sopor que separa dos épocas de grandeza y esplendor; por eso, al clausurarse ese paréntesis, se vuelve a tomar contacto con el antiguo imperio. Esta idea es la que expresaba alegóricamente uno de los lienzos del templete que se levantó en la Plaza de Armas el día de la proclamación de la Independencia: en él se veía el trono de México servido por un "genio con carcax, arco y macana que son las armas antiguas con que peleaban los mexicanos"; a sus plantas, todas las naciones europeas le rendían tributo. <sup>57</sup> No es extraño, pues, que la *Gaceta Imperial de México*, en su primer

<sup>56</sup> Oficina de Gobierno, Puebla, 1821.

<sup>57</sup> *Gaceta Imperial de México*, t. I, núm. 16.

número, se apresurase a proclamar el "restablecimiento" del imperio anahuaquense y que uno de los primeros pasos que diera el nuevo gobierno para unificar el país haya sido un ofrecimiento de paz a las tribus indígenas del norte, en el que se les invitaba a que fueran a México "para ver por vuestros propios ojos restablecido el trono de vuestros abuelos".<sup>58</sup>

Ahora podremos sintetizar brevemente el significado del movimiento de repetición que realiza la clase media. No debemos confundir, ante todo, la *reiteración material* de contenidos sociales pasados, con la *repetición formal* que ahora se lleva a cabo. El objeto de esta última no son las realidades pasadas, sino sus *posibilidades*. Al invertir el sentido de la guerra de conquista, se vuelven a abrir las posibilidades que entonces se franqueaban al Anáhuac y que se clausuraron con el triunfo español.<sup>59</sup> Es ese horizonte abierto hacia el futuro el que ahora revive, y no otra cosa. Por paradójico que parezca, diremos que el insurgente repite el *futuro* del mundo precortesiano y no el *pasado* de la Colonia; porque vuelve a abrirse a lo que *pudo haber sido* América en aquel momento decisivo. Por eso el término de la repetición no es algo determinado, sino viable de innúmeras transformaciones. Al volver al origen se reviven las alternativas fundamentales que, desde el inicio, se presentaban ante el Nuevo Mundo. La historia precortesiana escapa a la determinación del futuro que implicó el advenimiento de la sociedad colonial, *al igual que escapa la libertad del criollo insurgente*. El indio está "más allá" del mundo tradicional negado, como quiere estarlo el insurgente. Si el orden hispánico simboliza el ser pasado que rechaza en sí mismo el criollo, a la inversa, el mundo precortesiano personifica la *trascendencia* de esa determinación histórica. Si el criollo se siente atraído hacia él es porque proyecta en ese mundo

<sup>58</sup> *Gaceta Imperial de México*, t. 1, núm. 3.

<sup>59</sup> Lo mismo sucede con la repetición de la disciplina del cristianismo antiguo, en la que no se quiere resucitar contenidos materiales de esa época, sino solamente las posibilidades que se abrían a la Iglesia en América antes de la aparición de los vicios posteriores.

su propia trascendencia. Así, el movimiento de negación del pasado y el de repetición se implican recíprocamente, hasta el grado de no constituir más que aspectos de una misma actitud histórica.

Con la repetición de la Conquista, el tiempo parece cerrarse en un círculo en que el fin de la época colonial se retrotrae a su comienzo. Tres siglos se engloban, quedando abolidos en un movimiento inconsciente de retorno cíclico. La repetición de lo precortesiano simboliza la nostalgia por "expiar" el pasado corrupto y volver a iniciar la historia en el momento mismo en que principió la caída; pero el o implica la esperanza en un nuevo nacer por el que la vida de la sociedad recomenzaría "desde cero". Negación del ser corrupto, repetición del origen, urgen a nueva elección de sí mismo.

##### 5. LA ELECCIÓN DEL FUTURO

No niega el americano su mundo histórico por simple voluntad de anonadamiento, otro proyecta que, al realizarse, habrá de reemplazarlo. El rechazo de la realidad implica la elección de un futuro propio; ambas actitudes estructuran un solo movimiento, y no podemos decir que la una preceda a la otra. La desestima de la realidad abre un horizonte de posibilidades elegibles; el proyecto elegido ilumina la realidad como desestimable. La elección, al iluminar el pasado, aparece como negación, y ésta, al abrir el futuro, como elección.

Cada uno de los caracteres coloniales que se rechazan orienta a la estimación de un valor no realizado en el pasado. El criollo se proyecta, así, hacia un mundo posible estructurado en torno de valores antagónicos a la Colonia. Recíprocamente, a la luz de ese mundo, la sociedad colonial aparece como el sustrato de antivalores. Las contraposiciones que tantas veces se repiten en la pluma de los insurgentes: "libertad-despotismo", "ilustración-ignorancia", "igualdad-discriminación", "piedad-impiedad", "religión apolítica-teo-

cratismo", y en las cuales el primer término mienta el nuevo valor elegido y el segundo el antivalor realizado por la Colonia, expresan ese movimiento de doble vertiente.

En los Estados Unidos de América y su Constitución, en las Cortes de Cádiz, verán los insurgentes las primeras realizaciones del mundo elegido; de allí que no vacilen en tomarlos por modelos.<sup>60</sup> Mas en la Nueva España ese mundo no pasa de ser una pura posibilidad ideal, de la que el criollo no cree poder encontrar la menor traza en los tres siglos de "despotismo"; su elección se dirige exclusivamente, por lo tanto, al futuro irrealizado. La concepción democrático-liberal que acaba adoptando, le ofrece un sistema de principios racionales que podrán servirle de base. El Congreso de Chilpancingo propone como meta una república democrática representativa en que los ciudadanos sean iguales ante la ley, que respete los derechos fundamentales del individuo, que promueva la prosperidad y la ilustración y asegure la libertad económica y de expresión, en cuyo seno puedan realizarse valores tales como: ilustración, igualdad, propiedad, seguridad personal, facultad de autodeterminación, etcétera. A su luz, la Colonia sólo exhibe los antivalores correspondientes. Pero ella es la única sociedad *dada*. En la meta elegida nada hay dado, todo se encuentra simplemente *propuesto*. La nueva sociedad actúa como una idea regulativa de la acción; poco importa que exista o no de hecho, lo que importa es que sirva de meta donadora de sentido al proceso histórico que comienza. La sociedad ya no cae bajo la categoría del *haber*,

<sup>60</sup> No insistimos sobre la admiración por los Estados Unidos por haber sido suficientemente estudiada. Recordemos sólo los repetidos intentos de Hidalgo, Rayón, Morelos y demás jefes revolucionarios para ponerse en contacto con los anglosajones y obtener su ayuda. Es tanta la fe en los "hermanos" del norte, que el *Correo Americano del Sur* llega a afirmar que hasta su dominación sería bienvenida con tal de librarse del despotismo (núm. 9). Una frase de Mier resumirá el colectivo entusiasmo: "Declárense los Estados Unidos por la Independencia de México y yo les aseguro que no sólo será república sino confederada con los Estados Unidos. Tanto es el amor que los mexicanos tienen a los americanos del norte como a sus hermanos y compatriotas" ("Nos prometieron Constituciones..."; en *Escritos inéditos*.) ¡Ojalá y los norteamericanos no hubieran defraudado tan cruelmente esa esperanza!

sino bajo la del *hacer*; se ve como el término de una actividad consciente dirigida por la meta elegida. Su construcción no está entregada a fuerzas espontáneas o irracionales; será el fruto de la voluntad iluminada por la razón. El primer paso deberá ser, por tanto, promulgar una constitución que sirva de base a la sociedad posible. Es patente, desde Apatzingán, la tendencia a "constituir" la nación desde cero, a partir de una planeación racional, sobre la cual la voluntad política vaya plasmando nuevas instituciones. Así, inconscientemente, opone el criollo un pasado irracional y esclavizante a un futuro racional y liberador. El primero se encuentra dejado de su querer, el segundo pendiente de él; ningún impulso de desarrollo social podrá esperar de aquél; cualquier progreso se originará en la planeación racional del futuro y en la voluntad de realizarlo conscientemente. Se tiende a una concepción "dualista" en la que una época racional por venir se opone radicalmente a una época presente, oscura y maligna.

La primera piedra del nuevo orden se coloca en una institución construida según normas racionales: el Congreso. Al trasladar la autoridad de los caudillos populares a los supuestos "representantes" del pueblo, el impulso transformador de la realidad tiende a pasar de la acción revolucionaria de cada instante a la planeación racional. Entonces, se corre el riesgo de disociar planeación y acción. La primera se elabora en el seno de un cónclave deliberante que debe retraerse de la actividad revolucionaria para especular, la teoría así construida se impone después como principio de acción. El congreso debe representar en el campo del diálogo entre ideas, lo que el pueblo ejecuta en la lucha práctica; en ese sentido es algo así como la imagen racional del pueblo cuya validez depende de su mayor o menor adecuación a él. Mas una vez que la imagen aparece, surge también la tentación de suplantar, de una vez por todas, el modelo que está encargada de mimar. En uno de sus rasgos de cínico humorismo, fray Servando traiciona esta tendencia: "Si los monjes supiesen hablar —escribe—, bastaría que el Congreso fuese

de ellos y dijese que representaban la nación. Entre los hombres no se necesitan sino formas porque todo es una comedia." <sup>61</sup> En verdad el ideólogo se encuentra propenso al espejismo de su propia situación y puede tomar como equivalente del origen su expresión racional.

El Congreso de Chilpancingo acaba de comportarse de hecho como si fuera él el fundamento último de la sociedad naciente. En la actitud de sus últimos dirigentes hacia los caudillos populares se hace patente esta desviación. Así como el pueblo destruye violentamente el antiguo orden y origina una nueva sociedad, así el Congreso se constituye en principio racional de la sociedad posible. El conflicto puede estallar cuando algunos criollos pretendan imponer el mundo planeado al real. El "congresismo" de Chilpancingo respondía a necesidades de un mundo que no existía entonces. Muchas de sus medidas eran perfectas en teoría y hubieran resultado valiosas en circunstancias que depararía el futuro, mas no lo eran en su situación. A un hombre como Morelos los intelectuales criollos debían parecer a menudo gente distraída de su propia situación y dedicada a la copia de teorías extrañas. Alguna vez llamó a los miembros de la Junta de Zitácuaro "monos de los españoles"; más tarde miró con recelo la Constitución que él mismo había ayudado a elaborar, "por *impracticable* —dice—, no por otra cosa". <sup>62</sup> Su único defecto consistía en pretender transformar la práctica según una teoría abstracta. Esta tendencia, que no sigue la mayoría del grupo criollo sino sólo una minoría, señala una desviación importante dentro de la actitud de la clase media de la que tendremos que hablar más adelante. En ella los términos se trastruecan: el pueblo deberá adecuarse al mundo planeado por sus representantes y no a la inversa; la imagen olvida a su modelo y pretende que éste la refleje a su vez.

<sup>61</sup> "Discurso escrito en San Juan de Ulúa"; en *Escritos inéditos*, p. 221.

<sup>62</sup> Declaración en su causa, cap. 20 de la acusación: en *Morelos. Documentos...*, t. III.

La elección del criollo tiende así a manifestarse preponderantemente en el terreno de las posibilidades abstractas, de cuyo peligro sólo podrá librarse guardando contacto con el pueblo. La situación del criollo se caracterizaba, según vimos, por su desplazamiento de la estructura social existente. Sin sitio en el que fincarse, alejado de toda actuación práctica en la sociedad, se refugiaba en el seno de la especulación ¿Qué de extraño que su libertad se manifieste con los mismos caracteres del mundo a que se refiere? ¿Qué de extraño también que el pueblo, ligado al mundo de la praxis por el trabajo, manifieste su libertad como acción concreta? En aquél la planeación primará sobre la acción transformadora: su peligro será el utopismo; en éste la acción primará sobre la planeación: su tentación será la anarquía.

La actitud histórica de la clase media se nos ha presentado en tres aspectos que se implican recíprocamente. Trinitaria unidad, es a la vez negación de la realidad, repetición del origen y elección de la posibilidad. Podemos llamarla a por su nombre: *conversión*. Negación, repetición y elección son tres facetas con que aparece el mismo acto de conversión histórica, según se le considere referido a uno u otro de los éxtasis temporales. En cuanto negación se refiere al *pasado*, o al presente como vestigio de éste; en cuanto repetición se refiere a sí mismo, es decir a la libertad que renueva las posibilidades históricas en el *instante*; en cuanto elección se refiere al *futuro*.

Por la conversión, el criollo se niega a identificarse con su pasado; frente a lo que otros se empeñan que sea, él se determina por lo que ha elegido ser. Es elección la que lo distingue de sus antepasados o de sus antagonistas; es ella la que lo separa del ser colonial y de la sociedad en que no puede participar. Ávidamente abierto al porvenir, con él identifica su ser. "No soy el que soy —parece decir—, soy el que seré, soy el que he elegido ser. Porque en la conversión repito mi ser auténtico, el que me franquea mis posibilidades originarias. Si quieres definirme, si quieres saber quién soy, ya no podrás encerrarme en mi facticidad, tendrás que diri-

gírte a mi perpetua facultad de trascendencia y reconocer en mí la libertad." Y ese movimiento traiciona un intento del hombre por regenerar su ser histórico, sepultando la vida pasada, para advenir a una existencia nueva y limpia; un entrañable afán del renacimiento que habría de entregarle su forma auténtica.

## 6. LA NUEVA ÉPOCA HISTÓRICA

El movimiento de conversión ocupa un lugar exclusivo dentro de la vida de la sociedad, destacándose entre todos los momentos anteriores y posteriores; con él un grupo social pretende clausurar una época e iniciar otra. Los tres siglos que se cierran asumían una tradición y proyectaban una meta regulativa común; pueden considerarse como una línea cuyas sinuosidades más o menos pronunciadas no borran la unidad de orientación. Pero llega un instante en que una parte de la comunidad no se reconoce ya en esa tradición ni abraza esa meta. La marcha hacia los fines que perseguía la sociedad novohispana se detiene súbitamente; desde ese momento se elige otra meta y se acepta una tradición distinta; el norte que regulaba la marcha se desplaza y el camino se interrumpe. Estamos ante un brusco viraje, especie de golpe de timón que quiebra la ruta. Porque "convertirse" significa propiamente tornar, girar sobre sí mismo para volver la cara a otro rumbo, significa también trasladar la mirada de un punto del horizonte a otro lejano para fijarla en una nueva estrella. La conversión es el movimiento preciso en que el viandante cambia de paso y sesga, abandonando el curso que la vereda señala, para abrir su propia brecha. Vértice en que dos épocas se encuentran, pertenece por igual a ambas; es a la vez fin y comienzo. *Fin* de la Colonia, y no sólo en el sentido de término cronológico sino aun de meta efectiva de su impulso; pues aun cuando aquella sociedad haya perseguido un objetivo distinto, aun cuando haya sido otro el ideal que proyectaba, en el sesgo de la conversión la meta ideal se

vuelve para siempre inalcanzable; en su lugar se revela el fin al que de hecho, háyalo querido o no, se dirigía. ¿Y cuál puede ser éste sino el advenimiento de una nueva era, es decir, la conversión misma? E.lla dota de sentido la marcha anterior y se manifiesta como su meta efectiva, aquella que perseguían los antepasados sin saberlo. A la vez, se pone por *principio*, no sólo porque se sabe inicio cronológico de una nueva época, sino también porque la origina y fundamenta. La conversión —fin y principio— no puede inscribirse exclusivamente en el ámbito temporal de una de las dos épocas que separa, porque pertenece, por igual, a ambas.

Si la conversión es el inicio de la nueva época ¿Cuál será su fin? Porque toda época histórica se sitúa entre dos límites que la circunscriben. La conversión realiza un cambio decisivo en los fines que perseguía el criollo, mas éste no implica un cambio correspondiente en la constitución real de la sociedad. La elección del hombre nuevo no es equivalente de su realización; el criollo quiere la ilustración, la libertad y la abundancia, pero de hecho se sabe ignorante, sujeto y misero; un largo trecho separa la resolución voluntaria de su eficacia. Por otra parte, aunque el criollo asuma en su elección a la nación entera, falta mucho para que todos sus miembros se le unan en el mismo movimiento. La conversión no señala, pues, el advenimiento de la sociedad elegida, sino sólo propósito voluntario de realizarla. La transformación *real* de *toda* la sociedad será el fin de la etapa que se inaugura. La nueva era se desarrolla entre la elección y la realización del mundo de valores elegido ¿Cuánto durará ese lapso? Nadie podrá fijarlo cronológicamente, ni importa hacerlo. Incluso puede el criollo dudar de que llegue a realizarse efectivamente; porque el fin tiene una función simplemente regulativa. Pero sí podemos preguntarnos cómo habrá de ejercer su acción regulativa y cómo se logrará imponer hacia él la sociedad. Puesto que la nueva época parte de la conversión y la prolonga, tenderá a verse como el resultado de una pugna entre la inercia del pasado y la moción del futuro. Desde la posibilidad que anticipa, la libertad hace presa en

la realidad para levantarla hasta su altura; en ese acto la posibilidad se hace presente y le otorga sentido. Dos son los registros según los cuales el presente y el pretérito se ven íntimamente enlazados con el fin proyectado y, por ende, dotados de sentido. Por el uno el hombre se siente llamado por el fin y escucha: es la *vocación*; por el otro responde activamente al llamado: es el *progreso*. Vocación y progreso son dos modos de *presencia* del futuro, gracias a los cuales la realidad se ve estructurada por líneas que provienen del advenir y se prolongan sin solución de continuidad hasta el pretérito, convirtiéndolo en una conexión de hechos con sentido.

Después de la conversión y a su luz, cobra un nuevo sentido el pasado. Pueden vislumbrarse en él signos que anunciaban la nueva época y que sólo ahora cobran su verdadero significado. El americano encuentra en la Colonia dos signos fundamentales que alimentan su esperanza; el uno de incumbencia natural, de orden sobrenatural el segundo. La primera señal profética es el caudal de riquezas de que cree dotada a su patria. La idea optimista que se forma de sus recursos —trampa engañosa que la naturaleza le tiende— tiene por base, sin duda, datos verificados o verificables; mas lo dado no adquiere sentido por sí mismo. Los recursos naturales sólo cumplen su función en una explotación cabal que aún no se efectúa; indican hacia un advenir no dado, sino simplemente propuesto a la laboriosidad del americano.

La riqueza territorial no ha sido producto de un esfuerzo humano. Forma parte de la herencia recibida junto con todo el mundo colonial, pero a un título distinto de la realidad social y cultural; mientras ésta ha sido construida por el antecesor novohispano, los tesoros que ocultan bosques y montañas son un puro *don* otorgado a cualquier hombre que viva en suelo americano, gracioso regalo de una potencia no humana, llámesela "acaso", "naturaleza" o "Providencia". "Estas regiones en que la *naturaleza* prodigó sus tesoros y sus *dones* más excelentes", dirá un personaje independiente; "bolsa en que la *Divina Providencia* derramó a manos llenas

el oro, la plata, los ingenios...”, exclamará, por su parte, Lizardi.<sup>63</sup> Dos expresiones que se repetirán en todas las plumas.

Todo regalo distingue a la persona a quien se otorga porque la destaca entre las demás, abriéndole posibilidades cerradas para los otros; la dádiva señala un futuro singular e intransferible; por ello es signo de distinción a la vez que de vocación. Todo talento debe ser aprovechado y sólo su poseedor es capaz de hacerlo: la gracia otorgada invoca un destino. “Tierra de promisión” llama Rayón a su América.<sup>64</sup> Pues así como la riqueza no depende de su voluntad, así tampoco la vocación, que sale de los mismos labios de aquel que otorgó la dádiva. Don y vocación son términos correlativos. El criollo lee en su realidad los signos de un providencial destino: América llegará a ocupar “el rango *que le corresponde por su riqueza* y su tamaño, conforme a los decretos del Supremo Hacedor”.<sup>65</sup> La riqueza natural es signo de elección providencial, porque no es resultado de una actividad humana, sino de una donación gratuita.

La segunda señal profética inscrita en la historia de América es la aparición de la Madre de Dios al indio; la Guadalupana, “*prenda del cielo por cuyo conducto nos derrama sus bendiciones*”,<sup>66</sup> testimonio de la elección divina hacia la nación con la que hizo “lo que no había hecho con nación alguna”. La imagen grabada en el humilde ayate es “prenda” de una misión digna de bien tamaño. Con ella se liga la creencia en la acción de la Providencia que conduce por inescrutables caminos a la realización de la vocación singular de la nación. En los momentos de la derrota y el abatimiento, brilla la fe ciega en la mano que habrá de liberar a su pueblo. “Estos sentimientos religiosos de que la América se halla penetrada en el profundo abismo de males que la cercan, la

<sup>63</sup> “Diálogo sobre la Independencia de la América española entre un entusiasta liberal y un filósofo rancio”; en Hern. y Dav., *op. cit.*, t. IV, doc. 201, y *El Pensador Mexicano*, núm. 5.

<sup>64</sup> Cit. por Alamán, *op. cit.*, t. III, p. 583.

<sup>65</sup> Mier, “Idea de la Constitución”; en *Escritos inéditos*, p. 312.

<sup>66</sup> José María Guridi y Alcocer, sermón en San Francisco, de 24, VIII, 1808; en Hern. y Dav., *op. cit.*, t. III, doc. 150.

obligan a aguardar con la mayor confianza el día sereno en que un rayo de luz desprendido del fanal inmenso de Vuestra Sabiduría destierre la ignorancia y alumbre los entendimientos, para que unidos conspiren todos a un mismo fin.”<sup>67</sup> El mundo elegido de libertad, unión e ilustración de los entendimientos, ha sido querido y previsto por Dios y se realizará, aun cuando el esfuerzo humano parezca vencerse en la lucha. Por eso, cuando la liberación adviene, más se la atribuye a la Divinidad que a la indigencia humana: “Su independencia —dirá Bustamante— estaba decretada en el gran libro de los destinos como la libertad de Israel.”<sup>68</sup>

¿Bajo qué imagen se aparece el mundo señalado por ese destino? En la sociedad futura se unirá la abundancia prometida con el reino de la libertad elegido; sueño que alcanza su mayor intensidad en los momentos en que se sufre la ilusión colectiva de que la victoria de Iturbide inaugura años de esplendor y ventura nunca vistos, destinados a cubrir con su manto el dolor de los pasados. La *Gaceta Imperial* anuncia que “está restablecido el imperio más rico del globo; pero tan mejorado en su sistema gubernativo que si el destruido por Cortés era el modelo del despotismo éste va a ser la base más firme de la libertad”.<sup>69</sup> El mundo futuro aunará el reino de la abundancia con el de la libertad; la Independencia —premio y gesta— se disfrutará como un presente a la vez que se forjará como una hañaza. En las declaraciones del Congreso de 22 se deja sentir —quizás por última vez— un eco del gran hálito humanista de la revolución: “México —dicen— es la mansión de la humanidad, de la libertad y de la moderación . . . En el imperio que va a ser el reino de

<sup>67</sup> Cos, *El Ilustrador Americano*, núm. 1.

<sup>68</sup> *Cuadro Histórico* . . . , t. 1, p. 124.

<sup>69</sup> *Gaceta Imperial de México*, t. 1, núms. 1 y 4. Aludiremos aquí a la época de Iturbide que aún no estudiamos. En el punto que ahora tratamos, como en otros muchos, se encuentra una coincidencia patente de ideas entre la concepción de la clase media y la de los otros grupos criollos que analizaremos más adelante. Entonces veremos las diferencias que median entre ambas.

la abundancia, la paz y la felicidad, no debe percibirse el sollozo del esclavo.”<sup>70</sup>

La fe en la grandeza de los destinos de México se exalta hasta el teatro universal de las naciones. El entusiasmo de Allende que veía en el rico Guanajuato la futura “capital del mundo,”<sup>71</sup> se generaliza a todas las esferas de la sociedad. La *Gaceta Imperial* expresa su profesión de fe en el porvenir en términos como éstos: El imperio mexicano que “por su ubicación, riqueza y feracidad denota haber sido creado para dar la ley al mundo todo, por uno de aquellos acontecimientos extraordinarios de las virtudes humanas comienza ya a figurar entre las grandes naciones”.<sup>72</sup> El propio Iturbide no emplea un lenguaje menos ambicioso: “La Europa sabe que los americanos organizados en sociedades bien constituidas, serán los depositarios de las luces, del poder del comercio y de la industria, y que a la vuelta de cinco años [los europeos] serán, con respecto de nosotros, lo que los griegos y los romanos han sido respecto de ella después de la muerte de Alejandro y la destrucción de los imperios de Oriente y Occidente.”<sup>73</sup> Se sueña en una nueva participación de México en la historia universal muy distinta de la que tuvo con el descubrimiento; pues si entonces ingresó a la historia occidental culpable y sujeta, ahora lo hará altiva y señora: “El engrandecimiento de la América Septentrional va a dar nueva forma principalmente a la Europa, haciendo *dependen* su comercio y su industria de la abundancia de este suelo privilegiado por el Omnipotente; y esta *dependencia* . . . es la que las naciones atónitas perciben al admirar la gloria con que la Mexicana, confiada en sus propias fuerzas, en su moderación y su religiosidad, sin auxilios extraños, se sobrepone a las demás del Universo.”<sup>74</sup> Es aho-

<sup>70</sup> *Dictamen* de la Comisión de Esclavitud nombrada por el Congreso. México, 1821.

<sup>71</sup> Carta a Hidalgo de 19. XI, 1810; en Alamán, *op. cit.*, t. II, p. 42.

<sup>72</sup> *Gaceta Imperial de México*, t. I, núm. 1.

<sup>73</sup> Manifestación al Supremo Consejo de Regencia, de 15, V, 1822; en P. Mariano Cuevas. *El Libertador. Documentos selectos de don Agustín de Iturbide*. Ed. Patria, S. A. México, 1947.

<sup>74</sup> *Gaceta Imperial de México*, t. I, núm. 16.

ra América la que determinará los destinos de su antigua señora y la pondrá bajo su dependencia. La ola de entusiasmo no cede hasta el final de la revolución, a pesar de la prolongación de la lucha intestina; y es el primer presidente de México, al comenzar su gestión, quien da la nota más aguda en el concierto de delirante optimismo. Después de presentar un esplendoroso panorama de abundancia a que "nos llaman nuestros prósperos destinos", establece que Europa respeta en la nueva nación "su futura opulencia y el poder inmenso que va a conducirla al primer rango entre todos los pueblos libres".<sup>75</sup>

La vocación de México que la Providencia dejó señalada hace siglos en sus espléndidas riquezas, tuvo que esperar largo tiempo para empezar a realizarse. La Colonia no fue más que el voluntario encubrimiento y obstaculización del destino americano. Así como en la hora del descubrimiento pensó el español que América, ocultada hasta entonces por la Providencia, se revelaba por fin a la historia universal de la cristiandad gracias a su conquista y evangelización, así también el criollo, al repetir en sentido inverso las posibilidades de ese momento crucial, cree ver en los tres siglos coloniales el ocultamiento del auténtico ser de América y en la Independencia su revelación. América se mantuvo velada e ignota porque aún no adquiría conciencia de su destino: sólo ahora se dispone a asumir su papel privilegiado, revelándose ante las naciones civilizadas. Cuando "la América vaya saliendo del número de las tierras *incógnitas* a ocupar el rango que le corresponde... conforme a los decretos del Supremo Hacedor", cesará su condena.<sup>76</sup>

La nación que con tan hermosos colores se dibuja en el lejano futuro no es sólo una promesa, también es una tarea. El progreso será el resultado del tenaz esfuerzo voluntario por destruir los antiguos hábitos y prejuicios, la ignorancia y la miseria, todo lo que aún persiste del orden colonial y

<sup>75</sup> Manifiesto al Congreso de 10, X, 1824; en *Primer centenario*..., pp. 327 y ss.

<sup>76</sup> *Gaceta Imperial de México*, t. I, núm. 1.

que constantemente intenta prevalecer reduciendo a la nada los propósitos de reforma. Las ruinas que se aferran a su propio espíritu testimonian al criollo la persistencia del mundo anterior. A su vuelo apasionado opone el presente su inercia, sordo lastre que sobaja todo impulso. “¡Hábitos inveterados, con cuanta dificultad se os arranca de los pechos en que os habéis arraigado!”, se dolía Maldonado. ¡Y con cuánta acritud se lamentaba Rayón de la fuerza de los prejuicios nutridos en tres siglos de ignorancia!<sup>77</sup> Hasta los últimos días de la revolución, cuando el triunfo ha respondido a sus esfuerzos, el criollo siente la resistencia de la realidad para encarnar sus proyectos. El esbozo de Acta Constitucional de 1823 concede facultades desusadas al Ejecutivo con esta resignada disculpa: “Tal es el imperio de las circunstancias, nacidas de la ignorancia y la corrupción de tres siglos, herencia envenenada de nuestros opresores.”<sup>78</sup>

Para impulsar la sociedad —piensa el criollo— hay que trascenderla, adelantarle el paso para en seguida hacer presa en ella y jalarla a la altura de la posibilidad. Y sólo el hombre puede anticiparse a su realidad; de él provendrá toda dinamicidad. Así, la progresiva transformación de la pesada herencia se llevará a cabo por el trabajo humano que se concibe, fundamentalmente, como la simple explotación y aprovechamiento de las riquezas dadas, al amparo de las protecciones legales que, aboliendo las trabas existentes, permitirán el adelanto de industria y comercio.<sup>79</sup> Pero el prin-

<sup>77</sup> *El Despertador Americano*, núm. 3 (extraordinario); en J. M. Miguel i Verges, *La Independencia mexicana y la prensa insurgente*. El Colegio de México, 1941. “Opinión al Congreso de Chilpancingo”, de Rayón; en Hern. y Dav., *op. cit.*, t. 1, doc. 285.

<sup>78</sup> Proyecto de Acta Constitucional presentado al Congreso; en *Primer Centenario...*, p. 253.

<sup>79</sup> Los escritores de la época no parecen prestar sino una importancia secundaria al desarrollo de la industria manufacturera, probablemente por influencia de ideas mercantilistas en boga y de su entusiasmo por la riqueza minera del país. El único escritor en el que hemos encontrado una crítica sería de las ideas económicas coloniales es Lizardi, quien, divergiendo en esto del general entusiasmo por el emporio minero, deriva el atraso económico de la Colonia de su concepción mercantilista, cuando que la verdadera riqueza estaba en la industria. (*El Pensador Mexicano*, núm. 6.)

cial motor del progreso reside en la planeación intelectual que, al ir convirtiendo la sociedad a su imagen, la impulsa hacia la meta. El criollo se muestra pleno de confianza en la capacidad de los proyectos racionales para organizar la nación; decidido a no aceptar ningún elemento irracional y ciego de su pasado, se abre a posibilidades perfectamente determinables y sistematizables. "Una libertad e independencia *reguladas por la razón*", tal es el ideal.<sup>80</sup> El marcador del paso en la nueva época debe ser tan sólo la lúcida razón; de allí que el medio más a propósito para transformar los hábitos heredados sea la difusión de las ideas por medio de la educación y la imprenta; es la ilustración y sólo ella que, al difundirse en el pueblo, "disipará la ilusión de la costumbre".<sup>81</sup> La costumbre se concibe, ante todo, como ignorancia; de ahí que las "luces" no sean simple gala del espíritu, sino el motor encargado de imprimir un movimiento progresivo a la sociedad. Estamos ante una actitud predominantemente intelectualista que llega a pensar que el lastre del pasado podrá disolverse por la discusión, el conocimiento y la organización; se piensa que lo importante es convencer y organizar para lograr cambiar. Será necesaria una sangrienta experiencia para que el mexicano se desengañe; pero esto será el objeto del último capítulo de nuestro ensayo.

<sup>80</sup> Bustamante, *op. cit.*

<sup>81</sup> Quintana Roo, *Semanario Patriótico Americano*, núm. 3.